

EL ALMA DE LA «SONATINA»

Entre todas las poesías de Rubén Darío, tal vez sea la «Sonatina» una de las más comentadas —unas veces para exaltarla, y otras, para vilipendiarla—. Por suerte o por desgracia, depende del punto de vista crítico, la «Sonatina» encarna en sí lo más representativo de Darío y del Modernismo. Su fama ha sufrido los altibajos por los que pasan todos los símbolos literarios que están ligados indisolublemente a un poeta, escuela o movimiento. La perfección formal del poema es indudable; su musicalidad es universalmente reconocida, y también lo son la plasticidad y la elegancia de las imágenes. Son precisamente estas dotes, tan características de cierto aspecto de la renovación Modernista, las que contribuyeron a su fama. El éxito de la «Sonatina» fue fulminante, pero su éxito contribuyó en gran parte a su perdición. Las muchas y pobres imitaciones de que fue objeto la han convertido en el símbolo de un Modernismo fácil, vacío, preciosista en fin. Resulta así que, paradójicamente, su bien merecida fama ha contribuido a su reputación ambigua. Para contrarrestar alabanzas, los envidiosos y detractores no tardaron en acumular críticas, y se habló de la superficialidad de su tema y del fácil ritmo de su música, de evasión y de falta de conciencia americanista; se le atribuyeron, en fin, todos los defectos y todas las exageraciones de que ha sido culpado el Modernismo.

A pesar de la severidad de las críticas, la «Sonatina» ha sobrevivido. Su valor es indiscutible. Considerada objetivamente es una de las poesías más musicales y bellas que se hayan escrito en lengua castellana. Su popularidad y su fama son tales que Díez-Echarri y Roca Franquesa, críticos severos del Modernismo, se ven obligados a admitir su indestructibilidad; según ellos, la «Sonatina» es un «... delicioso e inmarcesible poema que ni el paso de los años ni el manoseo conti-

nuo de las muchedumbres han podido ajar»¹. Estos mismos estudiosos, haciéndose eco de la crítica más tradicional y conservadora, identifican «Sonatina» con *Prosas profanas*, para acabar por condenar a ambas. *Prosas profanas* es «... el libro que representa la parte más conocida, si bien no ciertamente la mejor, del modernismo. La parte más conocida, porque ninguna otra poesía se mete tanto como ésta por los ojos y el oído. Poesía llena de lagos, de cisnes, de príncipes rubios, de góndolas y de princesas melancólicas, por un lado; de Dianas desnudas, efebos y sátiros, por otro»². Es decir, para estos dos críticos la «Sonatina» es símbolo prominente del preciosismo vacío; es un poema que encanta sólo a nuestros sentidos, pero en el que no debe buscarse la emoción del sentimiento ni la profundidad de pensamiento.

De ser cierta la falta de trascendencia que le achaca la crítica a este poema, sorprende la manera en que ha perdurado en el favor del público. Poesía tan resistente a las vilificaciones debe esconder algún secreto que explique su éxito. Su constante popularidad, a pesar de los cambios de escuelas y de sensibilidad, indica que «Sonatina» contiene algo más que la belleza y perfección formal tan cacareada por la crítica. En *Historia de mis libros*³, Rubén Darío indica que el tema del poema es el despertar a la adolescencia, la evocación de las ansias inefables que marcan el paso de la niñez a la juventud. Creemos, sin embargo, que en «Sonatina» Darío va más allá de lo que él mismo confiesa: creemos que no sólo canta abstractamente a la adolescencia, sino que se identifica espiritualmente con su protagonista y le adjudica sus inquietudes. En la «Sonatina» la princesa es una especie de Bella-Durmiente-del-Bosque que se convierte en símbolo del alma prisionera y angustiada del poeta, alma que espera al amor que la salve, permitiéndole realizar sus ilusiones⁴.

La obra de Rubén Darío ofrece pruebas abundantes para apoyar

¹ E. Díez-Echarri y J. M. Roca Franquesa, *Historia general de la literatura española e hispanoamericana* (Madrid, 1968), pág. 1241.

² *Ibíd.*

³ Rubén Darío, *Historia de mis libros*. Vol. XVII de las *Obras completas* (Madrid, 1919). Las palabras exactas del poeta son las siguientes: «La *Sonatina* es la más rítmica y musical de todas estas composiciones, y la que más boga ha logrado en España y América. Es que contiene el sueño cordial de toda adolescente, de toda mujer que aguarda el instante amoroso. Es el deseo íntimo, la melancolía ansiosa, y es, por fin, la esperanza» (pág. 190).

⁴ Jaime Concha explica que «Sonatina» puede ser leída en dos niveles, como anécdota maravillosa o como alegoría de un estado de alma. Ver su estudio «El tema del alma en Rubén Darío» en *Diez estudios sobre Rubén Darío*, Edición Juan Loveluck (Santiago, Chile, 1967), pág. 66.

esta interpretación de «Sonatina». En muchos poemas se observa la tendencia rubendariana a identificarse espiritualmente con princesas, especialmente con la Bella-Durmiento-del-Bosque. Ya en el poema «Autumnal», del libro *Azul*, Darío es guiado en su búsqueda de lo inefable por un hada amiga que le cuenta

*lo que cantan los pájaros,
lo que llevan las brisas,
lo que vaga en las nieblas,
lo que sueñan las niñas*⁵.

Esta misma hada, como la madrina de los cuentos infantiles, le conducirá al final del poema al reino del ideal.

Prosas profanas, el libro en que aparece incluido «Sonatina», es el que contiene mayor número de alusiones que apuntan a esta interpretación del poema. Por ejemplo, en «El reino interior» Darío no se esconde tras ninguna metáfora para declarar lo siguiente:

*Mi alma frágil se asoma a la ventana oscura
de la torre terrible en que ha treinta años sueña.*

(*O. P. C.*, pág. 800.)

Es decir, su alma, prisionera en su cuerpo, espera asomada a la ventana⁶. Unos versos más adelante Darío traza otra imagen que muestra de manera inequívoca el paralelismo entre su alma y la princesa de «Sonatina». Su alma exclama:

¡Yo soy la princesa que sonríe y que canta!,

y mientras así habla,

*...las manos liliales agita, como infanta
real en los balcones del palacio eterno.*

(*O. P. C.*, pág. 800.)

No se necesita ser muy perspicaz para deducir que según Darío su alma es una joven princesa que espera y que sufre en su prisión. Ade-

⁵ Rubén Darío, *Obras poéticas completas*. (Madrid, 1932), pág. 683. Todas las citas se refieren a esta edición.

⁶ El mismo tema, expresado en términos similares, reaparece en «Divina Psiquis», *Cantos de vida y esperanza*, págs. 890-891 de *O. P. C.*

más, para no dejar ningún género de duda sobre el tipo de princesa que el poeta ha concebido como símbolo de su alma, Darío redondea la imagen hacia el final del poema cuando describe a su alma-princesa así,

—*pensativa y risueña,
de la Bella-Durmiente-del-Bosque tierna hermana.*

(O. P. C., pág. 802.)

El paralelismo con la princesa de «Sonatina» es tan evidente, que casi resulta superfluo hacerlo notar.

El poema «Yo persigo una forma...» también contiene detalles que apoyan nuestra interpretación. En él, Darío presenta la búsqueda constante en que está empeñada su vida y la frustración también incesante que sufre al no hallar sino elementos fluidos e inasibles que le imposibilitan plasmar sus sensaciones. Pero tal vez la mayor frustración que experimenta el poeta proviene de no comprender su destino. Para expresar esta última idea se vale de nuevo de la imagen de la princesa para referirse a su alma:

*y bajo la ventana de mi Bella-Durmienta,
el sollozo continuo del chorro de la fuente
y el cuello del gran cisne blanco que me interroga.*

(O. P. C., pág. 826.)

Es decir, su alma cautiva continúa detrás de la ventana, todavía en espera del príncipe que la rescate y le revele el misterio de su existencia.

En *Cantos de vida y esperanza* se observa la persistencia en el uso de la imagen alma-princesa. En «Yo soy aquél...» aparece una variante utilizada varias veces en otros lugares de su obra. Explica Darío que en su «jardín» había una bella estatua en cuyo interior habitaba un alma joven «sentimental, sensible, sensitiva», que no se atrevía a salir,

*sino cuando en la dulce primavera
era la hora de la melodía...*

(O. P. C., pág. 836.)

La tímida y sensible alma, prisionera en la estatua de su jardín, puede ser vista como una hermana o doble de la princesa que habita el torreón o el palacio real de tantos otros poemas.

En otra poesía, «Nocturno», Darío, aquejado por la melancolía se

duele amargamente de su vida gastada, y llora sus lejanos recuerdos y dolores, y la pérdida «del reino que estaba para mí» (*O. P. C.*, pág. 910). *Ha perdido el reino, nos dice, y esta imagen sugiere que nunca llegó el joven príncipe-amor que debía de rescatar a la princesa-encantada.* En este poema sobresale el terrible sentimiento de desesperanza que de vez en cuando sobrecogía al poeta.

Podrían sacarse a relucir muchos otros ejemplos, pero creemos que los anteriores bastan para probar que Rubén Darío conscientemente introduce en la Princesa Modernista el símbolo por excelencia del lado inocente⁷, sensitivo y esperanzado de su alma. Si esta interpretación es correcta, la «Sonatina» es un poema cargado de significado y de emotividad, ya que en él Darío utiliza a la princesa para hacer hincapié en la juventud, la dulzura y sobre todo la inocencia de su alma. La vulnerabilidad implícita en el símbolo utilizado logra conmovernos.

El conocido verso inicial del poema —«La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa?»⁸— se tiñe de nuevas connotaciones al observar en él el desgarrador patetismo con que Darío interroga a su alma hiperestésica. Al poeta no le satisface ya su mundo ideal, tan cuidadosamente construido para defenderse de la fea y desagradable realidad. Su jardín de ensueño, al que ha poblado «con el triunfo de los pavos reales», se ha convertido en una angustiada cárcel de la que también le es preciso escapar. Las ansias de evasión del alma-princesa se plasman en etéreas imágenes de vuelo, en las que predomina la mariposa, símbolo tradicional del alma humana:

*quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,
tener alas ligeras, bajo el cielo volar;
ir al sol por la escala luminosa de un rayo.*

Pero el constante anhelo de volar hacia la libertad (que puede ser interpretado como ansia de trascender, ansia de inmortalidad) es frustrado por la realidad asfixiante e ineludible. La imposibilidad de escapar está representada por la bella cárcel del palacio, por los guardas y por los

*...cien negros con sus cien alabardas,
un lebrél que no duerme y un dragón colosal.*

⁷ Es interesante notar que a pesar de ser (o tal vez debíamos decir por ser) Darío un hombre de mundo, piensa en su alma en términos de una joven pura y sin mancha.

⁸ *O. P. C.*, págs. 726-728.

Al ver cerradas todas sus puertas de escape, el poeta exclama exasperado:

¡Oh, quién fuera hipsipila que dejó la crisálida!

En esta exclamación se resume toda su frustración y su derrota y al mismo tiempo Darío reitera la imagen alma-mariposa para hacer hincapié en el hecho de que desea escapar a un plano espiritual para llegar al cual es necesario evadir el mundo de los sentidos. El amor le ofrece a Darío la única posibilidad de escapar, y el amor, en este poema, está encarnado en un príncipe ideal, «más brillante que el alba, más hermoso que abril!». Y he aquí que el pensamiento del amor conjura, como en los cuentos infantiles, la figura del hada madrina; ella le anuncia que el anhelado príncipe, el «vencedor de la Muerte», se acerca a galope a rescatarla de su prisión y a encender sus labios «con un beso de amor».

Esta última estrofa confirma la altísima opinión que Darío tenía del poder del amor. Para él este sentimiento lo cura todo, lo soluciona todo, hasta llega a salvarnos de la muerte, y si no nos salva, por lo menos es lo que nos consuela de que ella exista⁹. El poema termina con una nota de esperanza: el alma-princesa será rescatada de su prisión y podrá disfrutar segura y triunfante en el reino del amor.

Es evidente que en «Sonatina» Rubén Darío se identifica con su protagonista y que logra comunicarnos su sed de amor y de trascendencia y su evidente hastío. Se siente hastiado no de la realidad circundante (consistentemente evadida y, por lo tanto, ausente de su obra en verso), sino, lo que es más triste, hastiado de su mundo poético, de ese mundo ideal forjado como escape y refugio de su angustiada realidad vital. El derrumbe del mundo ideal es infinitamente más triste que el derrumbe del mundo físico, y Darío confirma el fracaso de su mundo ideal al rechazar el palacio y el jardín encantado de su Bella-Durmiente.

La connotación espiritual de la «Sonatina» y las asociaciones personales que contiene son lo que conmueven al lector y lo que han mantenido fresco el impacto del poema. El lector ha sabido intuir que se le

⁹ El optimismo rubendariano ante el poder del amor es una de las constantes de su obra y culmina tal vez en la estrofa con que cierra la «Dedicatoria» al *Poema de Otoño*:

*En nosotros la vida vierte
fuerza y calor.
¡Vamos al reino de la Muerte
por el camino del Amor!*

(O. P. C., pág. 1030.)

narraba una vivencia poética, y que cuidadosamente escondido tras el ropaje Modernista se le estaba dando el alma desgarrada del poeta. Es más, se pueden interpretar de la misma manera muchas otras poesías de Darío en que aparece este símbolo y llegar a la conclusión de que en la obra rubendariana la princesa está lejos de ser uno más de los llamados «adornos frívolos y artificiales» del Modernismo¹⁰, por el contrario simboliza una faceta muy especial del alma del poeta: aquella que, cargada de ideales, rehúsa dejarse contaminar por el mundo y la carne para continuar su esperanzada búsqueda de la verdad, la belleza y la trascendencia.

MARÍA A. SALGADO
University of North Carolina
at Chapel Hill
(EE. UU.)

¹⁰ Creemos que tras todos los «adornos» de Darío se ocultan conceptos de profunda significación.